

# CRISTO

ANTE LOS

GOBIERNOS DE

ARGENTINA Y DEL BRASIL

---

SIETE DISCURSOS OFICIALES CON  
MOTIVO DEL CONGRESO  
EUCARISTICO INTERNACIONAL

---

**Juicios publicados en Roma por el Cardenal Pacelli**

---

**EDITORIAL "SPLENDOR"**

Delicias 1626 — Casilla 3746

SANTIAGO DE CHILE

1935



Mucho hemos leído y oído de las inmensas multitudes que en Buenos Aires adoraron con fervor a Cristo, en el Congreso Eucarístico de esta ciudad; pero las palabras de los gobernantes argentinos con motivo de la presencia del Legado Papal en dicho Congreso, no han sido suficientemente meditadas, y son casi desconocidos entre nosotros los homenajes que, en los días siguientes, fueron tributados al representante del Vaticano, en Rio de Janeiro, por el Presidente del Brasil, por la Cámara Legislativa y los Tribunales de Justicia de este último país.

Los discursos llenos de fé cristiana de los dirigentes de la gran nación brasilera merecen ser conocidos y estudiados juntos con las solemnes declaraciones de los gobernantes argentinos; son piezas oratorias de alta intelectualidad que reflejan el pensar de aquellas grandes naciones.

Pueden unos y otros servir de lección ejemplar a los países cuyas autoridades se inspiran aún en el rancio espíritu volteriano, a países como Chile donde muchos de sus gobernantes y legisladores, educadores y periodistas siguen todavía invocando con una idealidad retrograda, el *laicismo* y la *neutralidad* del Estado, para contrarrestar la difusión de esa doctrina de Cristo que los conductores de otras naciones proclaman en alto como la única tabla de salvación y de la paz social en la humanidad.

La voz del Presidente Justo, diciendo que "muy pocas veces, como en estas horas extraordinariamente difíciles, ha sentido tan intensamente el hombre, la necesidad de acercarse

a Dios y de volver a los senderos de la fé", y las declaraciones del Presidente Vargas en Rio de Janeiro de que "sobre la sólida formación cristiana de las conciencias, sobre la conservación de los más altos valores espirituales de un pueblo reposan las garantías más seguras de su grandeza", marcan en la historia contemporánea de Sud América una etapa promisoría de social resurgimiento.

No menos significativas son las palabras del leader de la mayoría legislativa brasilera cuando dice, en sesión solemne, ante el Legado de Roma: «hemos abandonado el indiferentismo religioso de la Constitución de 1891 y reconocido la preponderancia del hecho espiritual en la vida colectiva, consagrándola en el texto que admite la colaboración del Estado con las confesiones religiosas, lo que en el Brasil, compactamente católico romano, significa la colaboración principal con la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo».

Y cuán conmovedora es la peroración del decano de los Tribunales de Justicia del Brasil que, ante las Cortes reunidas para saludar al que viene a visitarlas en nombre de Dios, ensalsa públicamente el valor de la enseñanza que en la tierra brasilera dan las Congregaciones religiosas, y luego agrega, piadosamente desde su alto sitial:

«Los sacerdotes católicos no nos nutrieron con la médula de nuestros jaguares que bien vale la de los leones».

«Nos proporcionaron un alimento infinitamente más fuerte».

«Nos dieron, casi cuotidianamente, el *Panis Angelorum factus cibus viatorum* de que habla el himno al Santísimo Sacramento».

«Es este sagrado viático de nuestra juventud el que conserva todavía hoy católicos, a la gran mayoría de los intelectuales brasileiros».

---

En las páginas siguientes podrán leerse en su orden cronológico, junto con la hermosa plegaria del Presidente Justo ante la Hostia Sagrada, otras seis piezas oratorias oficiales

pronunciadas por las más altas autoridades de Argentina y de Brasil, con motivo del reciente viaje del Legado de Su Santidad.

Su texto ha sido tomado de «La Nación» de Buenos Aires, y del «Jornal do Comércio» de Rio de Janeiro.

Al final publicamos las interesantes apreciaciones que el representante de Pío XI entregó en Roma, al diario del Vaticano, sobre el alcance social y religioso de todas las manifestaciones a que dió origen su histórico viaje.

## EN BUENOS AIRES

El Delegado del Papa fué recibido en la dársena de Buenos Aires, en la tarde del 9 de Octubre de 1934, con los honores militares de soberano. Allí le saludó oficialmente, como primera autoridad de la ciudad.

### **EL INTENDENTE MUNICIPAL, DR. VEDIA MITRE**

con las siguientes palabras:

«Saludo en voz al soberano más poderoso de la tierra. Su poder no está fundado en la fuerza, ni en la grandeza material. Sus armas no son armas mortíferas sino armas de vida. Es el más poderoso y también el más grande. Su fuerza es sólo espiritual. Por eso todos los pueblos pueden verlo engrandecerse sin peligro para ninguno de ellos y para mayor gloria de todos. Por eso todos los estados, comenzando por aquellos cuyo poder político se basa en el pueblo, pueden inclinarse ante su soberanía, sin desmedro de la propia. Por eso el imperio de esa soberanía, al actuar sobre la conciencia de cada hombre, lo hace más libre cuanto más responsable y dueño, por lo tanto de una responsabilidad soberana.

«Llegáis, señor, a estas playas argentinas en un momento trágico para la historia del mundo. Todo está pareciendo que nos hallamos en medio de una crisis de civilización, de una nueva etapa, de un nuevo ciclo his-

tórico. Hay millones y millones de seres humanos en el mundo que carecen de pan y trabajo. La miseria sacude muchas vidas, quizás más que nunca, y los estados y los pueblos tratan afañosamente de hallar la luz que los liberte de esta «selva oscura.» La conciencia humana debe sentir, tiene que sentir que es una hora de justicia. Cada uno ha de tener lo suyo. Cada uno ha de recibir su parte en la organización del Estado y en la sociedad, bien sea su parte de trabajo para que, por la acción de todos y cada uno, se salve la dignidad humana.

«Vuestra presencia, señor, a las puertas de Buenos Aires, aparece a nuestro espíritu como un símbolo de la predicación de Jesús a las puertas de Jerusalén. No supe conocer Jerusalén la presencia de Dios. Dios le dió ese día, refiere el Evangelista, para que conociera lo que podía traerle la paz y la justicia. Pero todo estaba oculto a sus ojos. Por eso dijo Jesús: «Vendrán días sobre tí en que tus enemigos te circunvalarán y te rodearán de contramuros y te estrecharán por todas partes y te echarán por tierra a tí y a tus hijos y habitantes, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo que Dios te ha visitado».

«Emisario de Cristo-Rey que traéis a todos los hombres un mensaje de paz, que ese mensaje sea escuchado. Es el voto fervoroso con que saludamos vuestra llegada a Buenos Aires. Que nos sea dada la paz del Señor. Ella no está fundada en las conciencias inertes ni en los hombres indefensos. No basta, no, quitarles a los hombres y a los pueblos los instrumentos de muerte. Cain no

necesitó de muchas armas mortíferas para matar a su hermano. Es necesario que la conciencia humana renuncie para siempre a la guerra del hombre contra el hombre. Fray Luis de León tiene una página magnífica en que lo expresa poéticamente ante la armonía sideral: «Esta «vista, ese cielo que se nos descubre ahora y el concierto «que tienen entre sí aquellos resplandores que lucen en «él, nos dan de la paz suficiente testimonio, porque, ¿qué «otra cosa sino paz o ciertamente una imagen perfecta «de la paz es esto que agora vemos en el cielo y que con «tanto deleite se nos viene a los ojos?... Y si estamos aten- «tos a lo que en nosotros pasa, veremos que este concierto «y orden de las estrellas, mirándolo, pone en nuestra al- «ma sosiegos; y veremos que con sólo tener los ojos cla- «vados en él con atención, sin sentir de qué manera, los «deseos nuestros y las afecciones turbadas que confusa- «mente movían ruido en nuestros pechos de día, se van «aquietando poco a poco, y como adormeciéndose se re- «posan tomando cada una su asiento; y reduciéndose «a su lugar propio se ponen sin sentir en sujeción y «concierto. Lo que es señor en el alma, que es la razón, «como alentada con esta vista celestial concibe pensa- «mientos altos y dignos... recuerda su primer origen po- «ne todo lo que es vil bajo sus plantas y queda todo el «hombre ordenado y pacífico.»

«Como en la naturaleza, sabemos que la paz de Cristo es la paz de la armonía y del sosiego. Pero el sosiego no es la prosperidad, ni la abundancia. Jerusalén estaba en la opulencia, como lo dijera la palabra de David, quien se preguntaba: «¿Feliz llamaron al

«pueblo que gozaba de estas cosas?». «Feliz llamo yo —se respondía— al pueblo que tiene al Señor por su «Dios». Su paz y su sosiego no son los de los cementerios. Lo que ofrece Cristo, y lo que vemos en vos, señor, es la guerra del espíritu, fuego para las almas para que se purifiquen en él, desprendiéndose de la grosería de las cosas materiales.

«En ninguna parte la justicia se manifiesta más claramente ni existe con más realidad que en el templo. El templo es la morada de la justicia. La plegaria de cada uno tiene el valor que le da su propio fervor, sin distinguir el ignorante o el sabio, el peor o el mejor, el pobre o el rico. Es el único lugar en que existe un valor de conjunto, una unión espiritual. De la oración de cada uno surge una oración común.

«Volvamos al Evangelista, que concluye: Todos los días enseñaba en el templo y bien. Todavía sigue enseñando en el templo. Cristo, desde el tabernáculo, por un prodigio de amor que supera a todos los milagros y a todos los prodigios místicos, está como entonces presente en la tierra. Cada pueblo y cada alma es la Jerusalén que él quería conquistar. La lección es la misma: conseguir que el hombre, al renunciar en su corazón a las cosas materiales, se eleve sobre ellas y se adelante ya en la tierra la posesión de la Jerusalén celeste, que es la tierra de la bienaventuranza en la que está apagada toda violencia y toda injusticia.

«Por eso será bienaventurado, este pueblo si conoce su hora. si comprende el mensaje de Cristo: «En esta hora de la paz que le ha sido dada».



\* \* \*

Su eminencia el Cardenal Pacelli contestó en seguida en castellano, con una hermosa improvisación, agradeciendo debidamente al autorizado representante de la gran ciudad, su elocuente y fervoroso saludo.

—«Nuestro corazón dijo entre otras ideas, está henchido de de múltiples sentimientos que V. E. adivinará, sin duda; pero sobre ellos flota ya desde el primer momento, dominándolos todos, una esperanza que es al mismo tiempo deseo y plegaria. Mirando los días que ahora comienzan los vemos como días de paz evangélica, de labor apostólica y de fervores sobrenaturales. Nos consideramos como mensajeros de la paz de Dios que el mundo no puede dar, como animadores de las almas apostólicas que estos días han de congregarse aquí y como portadores, aunque sea en vaso de arcilla, de aquel fuego divino que Jesucristo vino o traer a la tierra. Anhelamos y pedimos que la paz penetre hasta lo más íntimo de las almas, que los frutos del apostolado inchen las trojes del padre de familia y que ni un sólo corazón esquive las llamas del Corazón de Cristo. Son éstos los caminos por donde nuestros deseos andan buscando la mayor gloria de la Santa Iglesia y el provecho de la gran República del Plata y de todo el continente americano».

\* \* \*

El representante del Papa Pío XI hizo en seguida su entrada a la ciudad en el coche del gobierno, acompañado del Presidente de la República y pasando entre la guarnición del Ejército que le presentaba armas.

Para nadie fué una sorpresa en Buenos Aires esta primera

participación oficial del gobierno, en las festividades del Congreso Eucarístico que el Legado de Su Santidad debía inaugurar.

Era sabido que el Presidente de la República había aceptado complacido, desde hacía tiempo el título de Presidente de Honor de dicho Congreso, que su Vice Presidente era el Canciller y Ministro de Culto, Dr. Saavedra Lamas y que como altos miembros de honor habían sido designados los Presidentes de la Suprema Corte de Justicia, del Senado y de la Cámara de Diputados y los gobernantes de las Provincias Federadas

Y toda Argentina había oído por radio, en las semanas precedentes, las alocuciones entusiastas del Presidente de la Cámara, Dr. Cafferato, y de tres de los Ministros de Estado en funciones, invitando a los creyentes a esta solemne Asamblea religiosa.



A la noche subsiguiente el Jefe del Estado, General Justo, ofreció al Cardenal en la Casa Rosada, un banquete que concurrieron los más altos dignatarios de la Iglesia, el cuerpo diplomático y los principales representantes de las diversas reparticiones gubernativas de la República.

Damos a continuación el hermoso y significativo discurso con que en esa ocasión saludó al Legado de Su Santidad,

## EL PRESIDENTE JUSTO

«Por primera vez, la República Argentina, y con ella, toda la que fué América Española, ha tenido el honor de recibir en su seno a un legado del romano Pontífice. Culmina así la épica trayectoria iniciada un día

como éste, hace 442 años, cuando fué plantada una cruz en tierra americana, como símbolo del Cristianismo. Domina el gran cuadro la visión ideal del misionero. Su abnegada labor fué la que inició la magna tarea, sin cesar un solo instante en su empeño de conquista espiritual, para integrar al continente en la cultura greco-latina, santificada por el Evangelio.

«Esa obra merece todo nuestro reconocimiento, como que ella realizó el prodigio de esa silenciosa transmisión cultural que nos viene de Roma y que ha permitido desarrollar las fuerzas morales que estamos llamados hacer triunfar en el continente.

Os rodean en este instante, Eminentísimo Señor algunos de vuestros hermanos del Sacro Colegio, juntamente con cientos de prelados de todo el orbe católico. Al presentaros nuestro homenaje, en nombre de la República Argentina, y en la representación a que me creo autorizado de todas las naciones hermanas de este hemisferio, me honro en saludar en vosotros, eminentísimos señores cardenales, reverendísimos señores obispos y arzobispos, fuera de lo que representáis para nuestra fe de creyentes, a la más alta autoridad espiritual que ha conocido el mundo.

Muy pocas veces como en estas horas extraordinariamente difíciles ha sentido tan intensamente el hombre la necesidad de acercarse a Dios, volviendo a los senderos de la fé, fuente de tan hondas satisfacciones y tan altos consuelos.

La humanidad, que en medio de sus grandes tribulaciones ha sentido vacilar la confianza en sí misma,

experimenta otra vez el ansia incontenible de elevarse nuevamente a su Creador, buscando así el apoyo y el aliento necesario para salvar las grandes dificultades que se oponen a su marcha. Es que nunca como en momentos de grandes pruebas comprende el hombre que, por mucho que se esfuerce, no encontrara jamás nada que pueda reemplazar los dogmas eternos de la religión, ni sus consuelos, ni su fuerza immanente, ni sus esperanzas que iluminan el espíritu, ensanchan el corazón y dan verdadero sentido a la vida. Se puede decir, pues, que la aguja de los templos seguirá siendo siempre la escala—como se ha dicho con razón—por donde el alma transfigurada en la oración y en la penitencia, sacudiendo el polvo de la tierra, sube, ansiosa de lo infinito, a perderse en el inmenso seno del Eterno.

«El Catolicismo supone una fraternidad cristiana que tiende a abarcar a la humanidad entera, estando ello sin duda en los propósitos que lo inspiran al instituir el sacramento fraternal, el sacramento del amor que es la Eucaristía. Hoy más que nunca el mundo necesita que se consoliden los lazos morales y se aumen las fuerzas del bien, las fuerzas espirituales, restableciendo la fraternidad entre los hombres, atormentados por los graves problemas de la hora.

«Habéis llegado, Eminencia, a un continente en cuyo descubrimiento y conquista y en el transcurso de cuya vida se destaca imponente, el símbolo sagrado del Cristianismo. Lo llevó Colón, como ya recordé, en aquella su expedición fabulosa, que una reina creyente impulsara y en cuyo incierto desarrollo brillan como un

rayo de luz la esperanza mística y la fe incommovible de su jefe. Y a tal punto y en tal forma impelen estas condiciones al audaz navegante, que se ha dicho con razón que si la América no hubiera existido, Dios la habría creado para premiar así la confianza y la fe de aquel hombre. Lo llevó Magallanes en sus frágiles leños en esa empresa que parecía inverosímil si no lo hubiera movido el gran aliento de un espíritu creyente, y ese soplo divino que infunde al hombre la comunión con su creador.

Lo llevaron aquellos rudos conquistadores que redimieron de la barbarie a estas tierras de América en una empresa cuya grandiosidad alcanza los límites de la epopeya. Y lo llevaron aquellos heroicos misioneros cuya obra he recordado, que desde las llanuras heladas del Canadá, santificadas por el admirable esfuerzo de los hijos de la Compañía de Jesús, hasta los confines más remotos de Patagonia, espiritualmente conquistada por el tesón de San Juan Bosco, imprimen a la civilización de América el sello de su acción fuerte y persistente, que no se arredró jamás ante los peligros, ni se abatió ante los obstáculos.

«Tales antecedentes modelaron el alma de estos países e imprimieron carácter puramente cristiano a su espíritu. Estáis, pues, Eminencia, en el seno de uno de esos pueblos que guarda como blasón preciado de su estirpe la doctrina de paz, de amor y de solidaridad que le transfundió junto con su sangre la madre España.

Y de tal modo conservó y acreció ese espíritu, que quiso que la Carta Fundamental que había de regir su

vida y facilitar su constante progreso fuera puesta bajo la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia», fórmula que compendia sus creencias y señala las verdaderas características de su personalidad histórica. Quizás por eso mismo sea tan estrecha la unión de los argentinos con los extranjeros que conviven con nosotros y que os habrán saludado— eminentes prelados— como a sus pastores y también como a sus compatriotas.

«Eminentísimo señor: La Nación Argentina os recibe complacida y su voz interpreta seguramente los movimientos de toda América. Los pueblos sueñan todavía con el reino de la Justicia y del Amor que les anticipara el Divino Maestro. Para preparar su advenimiento, en la medida en que lo permita la relatividad de las cosas humanas, es necesario propender a la unión entre los hombres y entre los pueblos, llenando los abismos que los separan y abatiendo las murallas que lo dividen. Que Dios ilumine, pues, al mundo americano y a sus gobernantes para que no se siga derramando más sangre de hermanos, para que la discordia que separa a los pueblos vecinos se resuelva por medio de la razón y de la justicia, de que es fuente inagotable. Aquel que quiso que la paz reinara entre los hombres de buena voluntad, como el más noble, el máspreciado, el más puro de los dones que pudo desear a sus criaturas.

«Que vuestra presencia en el carácter de Legado de Su Santidad— a quien agradezco conmovido la insignificante distinción que ello importa— sea augurio de que ese ideal se realice y tan altos propósitos se cumplan. Con

estos votos, que son los de toda la Nación, sed bien venidos en nuestra tierra americana, ilustre representante del Supremo Pontifice, eminentísimos señores cardenales y reverendísimos señores obispos y arzobispos.

\*  
\*      \*

Respondió el eminente huésped con una pieza oratoria con que dió muestra una vez más de su gran talento y de las cualidades que lo constituyen como el más digno y alto colaborador del actual Vicario de Cristo en la tierra y que no transcribimos íntegra, pues nuestro principal propósito es reproducir aquí en este breve folleto las declaraciones oficiales de los gobernantes y altos funcionarios de Argentina y Brasil.

«Honda emoción, dijo el Cardenal, han producido en mi alma las palabras de V. E. que no sólo revelan al cumplido caballero en el sentido amplio y noble de esta añeja palabra, sino también al eminente estadista de raigambre católica que con profunda visión y dándose cuenta exacta de la gravedad del momento actual, recientes y trágicos sucesos han iluminado con triste luz esa situación, proclama sin ambages como indispensable remedio de la angustiosa crisis que aflige al mundo, el retorno de las almas y de los pueblos al Creador que tantos habían olvidado.»

Recordó en seguida los públicos homenajes del glorioso General San Martín a la Madre de Cristo y el monumento al Redentor con que en el límite andino sellaron más tarde su amistad la Argentina y Chile, y agregó:

«Y por estar tan íntimamente unida al alma argentina, esa tradición católica ha perdurado vigorosa y potente a través de su historia, hasta manifestarse hoy cual torrente arrollador en estas solemnidades que asombran al mundo por su grandiosidad. Como el Río de la Plata recoge las aguas de

vuestros valles y montañas para lanzar después esa masa gigantesca al inmenso mar, así la capital de vuestra República tiene en estos días el merecido privilegio de reunir como en inmenso lago los caudales mundiales de fé y amor eucarísticos para derramar en seguida esa espiritual corriente del golfo fertilizante y fecundo, por todas las partes del planeta.»

En el capítulo final de este folleto, se encontrarán las apreciaciones que hizo posteriormente el Cardenal Pacelli sobre estas y las subsiguientes manifestaciones.

## LA COMUNION DE LAS FUERZAS ARMADAS DE ARGENTINA

Uno de los días más solemnes de las festividades puramente religiosas del Congreso Eucarístico fué aquel en que la guarnición militar de Buenos Aires concurrió a adorar y a recibir a Cristo en la Hostia Consagrada.

Leamos algunos párrafos entre sacados de la narración del gran diario bonaerense:

Ya no eran los niños, en su inocencia purísima los que dieron suavidad y deslumbramiento al paseo de Palermo; no eran solamente los civiles con su íntimo y reconcentrado fervor; no eran únicamente las damas enguladas con sus clásicas mantillas, eco afinigranado y pintoresco de los días coloniales. Ahora eran el ejército y la marina, las instituciones armadas nacionales, las que engrosaban la concurrencia de fieles, para quienes se había destinado el ofertorio divino de la solemnidad de ese día.

La patria con sus tradiciones, con sus triunfos y sus glorias, estaba representada en aquellos militares y soldados que de todos los cuarteles de la ciudad marchaban en armoniosa formación por las calles de la metrópoli, con sus uniformes brillantes, sus entorchados resplandecientes al sol y su mirada luminosa.

Lentamente se pusieron en marcha para entrar en las



avenidas. Por los distintos puntos cardinales del inmenso escenario aparecieron de pronto formaciones compactas de soldados, animados por sus charangas, en amplias filas de seis hombres de frente. Formaban una masa compacta que se extendía en una profundidad de varias cuerdas, destacando el azul de sus uniformes sobre la claridad de las bancadas aún desiertas a esa hora de la mañana.

Seguidos por una multitud de público, desfilaron por el hemiciclo, erguidos y arrogantes y fueron a situarse al pie de la Cruz.

Poco antes de las 8 llegó al anfiteatro de la Avenida Alvear, el Presidente de la República, General Justo acompañado por sus edecanos. Con breves intervalos llegan también los ministros Rodríguez, Iriondo, Videla y Alvarado, que van a ocupar sus puestos en el palco oficial, con sus respectivas esposas.

El primer magistrado asciende la escalinata del altar y a él se reúnen los altos jefes del ejército y de la marina, todos los cuales se colocan en la plataforma de la cruz.

«Cantemos el Amor de los Amores», entonado por el coro y por el pueblo señaló el comienzo del oficio religioso. En uno de los altares dijo la misa el arzobispo de Lima; en el altar opuesto, el vicario general del Ejército de Chile y obispo titular de Dodona, Monseñor Rafael Edwards; en los otros dos altares oficiaron la misa el arzobispo de Cuyo y el arzobispo de Porto Alegre.

El vicario general del ejército argentino, monseñor Caggiano, al iniciarse la ceremonia, dirige la palabra a los soldados, y concluye diciéndoles:

«¡Arriba pues, los corazones!..... Avivemos nuestra fe y elevemos nuestras oraciones a Dios Todopoderoso.»

Se acerca el minuto impresionante de esta ceremonia. Los soldados van a recibir la comunión. Permanecen en sus puestos erguidos, rígidos, con la mirada tendida hacia la gran cruz que inspira ideas redentoras de paz.

Numerosos sacerdotes, con sus roquetes albos y sus copo-

nes de oro, descienden las escalinatas del altar, por los cuatro puntos cardinales, hacia los lugares lejanos de la formación militar para dar la Comunión al Ejército.

Pocos minutos antes de las nueve, la bandera argentina asciende lentamente, entre un redoblar de tambores, un sonar de cornetas y el estrepitoso batir de palmas de la multitud.

El aplauso se alarga impresionante hasta en los instantes en que los colores patrios, en lo alto del tope, flamean triunfante, bajo el azul del cielo, agitados por la brisa suave que viene del río platense y lleva sus latidos hacia la Cruz que se alza frente a ella, como en un saludo que viniera de la Nación entera.

Tras esa escena que llega a lo más íntimo del corazón, habla a nombre del ejército argentino el

## **GENERAL FASOLA CASTAÑO**

### **Jefe del Consejo Superior de Guerra**

«Me arredraba—dijo—el contraste entre la grandeza de la ceremonia y mi propia pequeñez, la santidad de los que me iban a oír y la pobre condición del que iba a hablar. Pero no he podido excusarme ante mi propia conciencia de aceptar este mandato.

«Todo contribuye al arrobamiento de las almas: Los altares augustos que se levantan en esta eminencia y que rodean la inmensa cruz, símbolo de martirio y de gloria, que parece que con sus brazos abiertos quisiera recibirnos en su seno, estrecharnos contra su pecho y acogernos con amor. El ejército encuadrado en sus briosos oficiales y viejos generales que han sabido depouner hoy sus naturales arrogancias de guerreros, para

reemplazarla por su fé y humildad cristiana. Todo contribuye, para que el divino sacrificio de la Eucaristía que acabáis de recibir unido al anhelo, a la súplica, a la invocación, a las oraciones, que se elevan en estos momentos al Altísimo, sea como una clamorosa sinfonía de unción, de dolores, de angustias, de plegarias y armonías que se elevan a El para que descienda sobre nosotros su divina misericordia y llene nuestros corazones de su divina gracia. Será en vano todo lo que hagan por destruir ésto los descarriados, que creen que el mundo puede gobernarse a base de positivismo absoluto, sin tener en cuenta la naturaleza humana que no es toda materia, y que si bien es de vil arcilla en su contextura es una arcilla que Dios, al crearla, le infundió su espíritu con su divino sopro.

«Negar que un profundo sentimiento religioso arde como una lámpara votiva en el corazón del hombre, es ignorancia, cuando se niega de buena fé; y es ignominia cuando se siente el ardor de su llama dentro del pecho. ¿A qué empeñarse por quitar ese supremo consuelo a la pobre humanidad doliente? ¿A qué pretender establecer una moral sin dogmas, vale decir sin fe, sin esperanza y sin caridad?

«¿A qué pretender destruir lo sublime que tiene la religión de Cristo, que iguala ante Dios el linaje humano y hace que el pobre sea en merecimientos y dignidades, igual al rico, el débil al fuerte, el potentado al mendigo, el dueño de palacios suntuosos al de cabinas miserables, y que enseña al género humano que la verdadera y única felicidad a que se puede aspirar en

la tierra, es independiente de los bienes materiales y que fuera de la gracia de Dios, todo es vanidad, vanitas vanitates, et omnia vanitas.

«Estos misticismos que nos congregan, el de la religión y el de la fé y el de la Santa Eucaristia que acabamos de recibir, no morirán jamas en el alma humana, y cuando más dolor haya en la tierra, más injusticia entre los hombres, más odios opuestos a la caridad y la virtud, mas se acercará la humanidad a Dios y a la Iglesia, pues sólo ella es capaz de procurar la paz a las almas torturadas, el lenitivo al dolor material, el consuelo a las inquietudes psicológicas, la esperanza a los que ya nada esperan; sólo el amor de Dios puede acallar la ira, aplacar la soberbia y el orgullo; sólo la práctica de la religión puede procurar a la alma esa serenidad que casi es propia de la sabiduría e inherente a la virtud; y sólo el amor de Cristo puede oponer la caridad al odio, el perdón a la venganza, la oración a la blasfemia, la otra mejilla al ultraje y a la impie ad.

«El sentimiento religioso alumbrará como una antorcha divina a la humanidad doliente, en su marcha hacia el juicio final, y la fe que inspira solo se apagará con el aliento del último hombre que exista, en el último lampo de la tierra, alumbrado por el último rayo del sol muriente.

«El sentimiento religioso engendra la fe, y la fe es origen de las grandes virtudes que inflaman el alma y de las grandes acciones que la mueven. Nada es superior a la fe; las otras pasiones que a veces, como la ambición

y el amor a la gloria, se apoderan de ella, son pasiones humanas, vale decir de carne, de sangre, de humores y de lodo, e iluminadas apenas por una chispa divina. La fe, en cambio, es lo único que permite acercarse directamente a Dios, que nos permite creer ciegamente lo que El dice, y la Iglesia nos revela; que nos inclina a atestiguar sin saber, afirmar sin comprobar, verlo sin mirarlo, escucharlo sin oírlo, sentirlo quizá, sin comprenderlo. Por la sutil escala de la fe podemos subir hasta el trono del Señor para postrarnos a sus pies; podemos, ¡oh milagro!, hacerle descender hasta que toque nuestras llagas, hasta que se apiade de nuestras miserias, hasta que nos libre de nuestras angustias y dolores. Sólo por ella podemos templar nuestro espíritu al diapason de su grandeza, al tenor de su virtud, al ritmo de su misericordia. La fe es una antena del espíritu tendida hacia el éter, por la cual los que la poseen pueden captar las ondas de la divinidad, que son fuentes de inspiración y de virtud. Un alma sin fe es un alma que ha renunciado a la esperanza, un alma que no puede recurrir al supremo consuelo de la oración, un alma que no puede encontrarse a sí misma, en la fría estepa de su soledad. Cuando un alma está atribulada, cuando todas las penas del mundo la torturan, sean ellas de origen material o psicológico; cuando es presa de todas las inquietudes; cuando ve que todos los caminos están obstruidos, todas las puertas cerradas, los ídolos emudecidos, los corazones impasibles o impenetrables, las ternuras calladas, todas las lágrimas agotadas; cuando todo se desploma y se derrumba, en una vorágine que parece definitiva y apocalíptica, la fe y la oración

es lo único que puede abrir las puertas de la esperanza, lo único que puede hacer descender hasta nosotros la infinita misericordia del Todopoderoso, lo único que puede preparar nuestro espíritu para oír y comprender la gracia de Dios e interpretar la palabra mágica que todo lo aplaca, que todo lo consuela o que todo lo redime.»

... «Quién ha sufrido alguna vez, sabe con qué tranquilidad se levanta uno después de haber participado del Divino Sacramento de la Eucaristía, o después de haber ido a doblar la rodilla delante de un altar o después de haber implorado y suplicado a Dios aunque sea del fondo de una choza obscura. Nunca es sordo al requerimiento de las almas que le imploran, pues si no concedo lo que se le pide por lo inescrutable, de sus justos designios, siempre consuela, siempre apacigua, siempre amortigua el dolor del alma que le requiere o de la llaga que se le muestra.»

Luego el general Fasola Castaño se refirió al criterio que impulsa a los hombres de Estado a acercar las multitudes a la religión; recordó en particular la acción de Mussolini y continuó:

«Lo mismo que no desaparecerá del mundo este sentimiento religioso, que hemos enaltecido, tampoco perecerá jamás el culto de la patria, es decir, ese misticismo que une las almas de las colectividades étnicamente semejantes que habitan un mismo suelo, que se cubren con un mismo cielo, y que siguen una misma bandera. La religión cristiana que se nos inculca no nos impone que ahogemos en nuestros corazones el culto de la patria, sino, por el contrario, tiende a exaltar este sentimiento,

pues según su credo no son amores incompatibles. Es posible que las patrias actuales adquieran una forma más humana; si se quiere, más en armonía con el concierto universal, más en unisonancia con el sentir de otras unidades étnicas, más al ritmo del dolor ajeno, más sensibles al clamor universal; pero siempre arderá en el corazón del hombre el amor a la patria, que es un sentimiento natural y no una concepción metafísica...

«Y mientras exista la patria existirá la bandera que acaba de elevarse enhiesta, que la simboliza, la trasunta y la representa en lo que ella tiene de eterno, inmutable, imperecedero, augusto y sagrado.

«No es un trapo, como pretenden los descarriados; es un símbolo, y el más sagrado para nosotros, el de la patria; por eso nos emociona cuando se alza; sus glorias nos inflaman, sus derrotas, nos desconsuelan; su suerte nos subyuga y hemos jurado morir por ella. No hay tonalidades de sangre, sino jirones de cielo en la augusta policromía de sus colores; no tiene vestigios de garra que amedrentan, en sus pliegues, sino rayos de sol que alumbran y fecundan, no se rinde jamás sino al Altísimo, no se arrastra sino a la oración; no es una bandera de conquista, sino de redención y libertad; no es en el concierto americano un pendón de desafío, sino una enseña de concordia; y si nunca fue atada a ningún carro de vencedor, jamás tampoco tremoló, como se ha dicho, sobre el dolor de los vencidos; los trapos que se alzan por ahí, a guisa de pendones, dividen, ésta une; ellos esclavizan las multitudes a dogmas u utopías anárquicas; ésta emana; el solo acto de presencia de las otras ultraja el alma nacio-

nal; ésta exalta sus valores más puros e inspira sus virtudes más altas...

El orador terminó diciendo, en medio de grandes aplausos:

«Por eso la amamos; por eso la hemos asociado conscientemente a esta ceremonia de la Sagrada Eucaristía, para que sepa el país, para que sepan los descarriados, que nos acechan desde todos los confines del mundo, que los soldados de esta tierra hemos de cumplir el juramento que hemos hecho, de morir por ella, cualesquiera que sean los enemigos que la ataquen, interiores o exteriores, juramento que hemos querido ratificar al pie de esta cruz, que es símbolo de amor y de virtud, para hacerlo más imperativo y más sagrado.»

Los párrafos de este discurso, dice «La Nación» de Buenos Aires, fueron entrecortados por los aplausos. Vibrantes y enardecedoras fueron las palabras, fogosos y rotundos los conceptos. Parece un eco de siglos el que ha llegado hasta el auditorio, subrayando la afirmación de las hazañas gloriosas que la cruz y la espada han escrito en las páginas de la historia.

\*  
\* \*

Pero la declaración más solemne de fé, sin duda alguna, fué la oración del Presidente de la República Argentina ante Jesús Sacramentado en la solemne sesión de clausura de aquel Congreso, oración redactada cuidadosamente por el mismo y pronunciada ante el Legado de Su Santidad y centenares de dignatarios eclesiásticos de diversos países; fué ella oída ahí por medio millón de creyentes; transmitida por radios, para la edi-



ficación de todo el orbe, y escuchada con gozo en la misma sala del Jefe de la Iglesia en Roma.

Ya había hablado el general Justo de la necesidad que la humanidad tiene de la verdad religiosa, al saludar oficialmente al Legado Pontificio en el banquete de la Casa de Gobierno, ahora se dirige fervorosamente a Dios mismo ante el altar de Palermo en que se adoraba la Hostia consagrada a fin de impetrar los favores divinos para su pueblo y para la América.

He aquí la hermosa y sentida

### PLEGARIA DEL PRIMER MANDATARIO ARGENTINO

«Señor del Universo, Dios de las Naciones y de los Pueblos, Dios de los grandes y de los humildes: Constituí el divino faro y el guía del hombre en medio del impenetrable misterio de la vida. Dios del Evangelio hacéis cantar una nueva esperanza a la naturaleza en cada primavera. La esperanza de la humanidad es cada niño. Os presentimos a través de todo lo creado, aunque no siempre os abarque nuestra pobre inteligencia. Os presentimos a través de lo infinitamente grande, en la armonía de los mundos, en la luz de los astros rutilantes que pueblan el firmamento, en cada espectáculo magnífico de la naturaleza. Os presentimos a través de lo inconmensurablemente pequeño, en aquello que no perciben nuestros sentidos, comprobación palpable de vuestra grandeza. Os amamos y bendecimos por el ardor que ponéis en nuestros corazones, por los consuelos místicos y las bellas esperanzas con que nos alentáis y nos confortáis en las puertas mismas del sepulcro.

• Os adoramos porque nos levantásteis del barro de nuestra pequeñez, prometiéndonos la felicidad eterna.

«Escuchad, Señor. la plegaria de uno de vuestros hijos más humildes. colocado por sus conciudadanos para regir sus destinos. Se dirige a Vos quien ya os invocó en el juramento de servir leal y fielmente a su pueblo, quien viene orgulloso a decirnos que se siente vuestro, y a agradecer las mercedes con que vuestra mano pródiga enriqueció el suelo de su patria, quien viene anheloso de daros su amor y su fe y sus ansias de ser cada día mejor para ser también más digno de vuestra protección. Venimos, argentinos, extranjeros residentes y peregrinos, con el corazón henchido de esperanza para que nos hagáis más buenos, más nobles y fieles y más hermanos de nuestros hermanos.

«¡Jesús Todopoderoso! Haced que sobre el pueblo argentino descienda la paz, que reine en el espíritu de todos vuestros hijos, en todos los hogares, en la nación entera y en esta América que vos habéis reservado para la fe de toda la humanidad, que tanto la necesita y que tanto sufre por haber abandonado vuestra divina senda.

«¡Señor de las Naciones! Ya que es vuestra voluntad que el hombre luche para perfeccionarse, haced que lo haga en paz con sus hermanos y en paz con su conciencia.

¡«Señor Jesucristo! En estos días de júbilo y de gloria que vivimos, aquí en esta tierra se alza un clamor ferviente para que el día en que la caravana de los pueblos-desfile ante vuestros ojos, pase la bandera argentina acaudillando no sólo a cien millones de hombres libres

regidos por las instituciones sancionadas en vuestro Nombre, sino a cien millones de hombres buenos, que reconozcan y acaten vuestro Evangelio de humildad, paz, fraternidad y amor.

«¡Señor! Bendecid a nuestra patria; protegedla Señor!»

El mundo entero oyó emocionado esta oración de profunda fe del Mandatario argentino. El Cardenal Pacelli dijo de ella en Roma: «Nunca había oído al Jefe de un Estado tan grande y de tanto porvenir, consagrar, en forma tan solemne, su pueblo, al Rey de los Reyes.»



La partida del Legado de Su Santidad verificada al día subsiguiente constituyó una manifestación popular y oficial tan imponente como la de su llegada.

## EN MONTEVIDEO

Clausurado el Congreso Eucarístico de Buenos Aires se embarcó el Legado de Su Santidad y en las pocas horas en que se acercó el vapor a Montevideo descendió a tierra, donde las autoridades le hicieron los honores protocolares y el pueblo uruguayo le colmó de aclamaciones. En su rápida visita a la Cámara Legislativa fué saludado oficialmente con gran cortesía y respeto.

## EN RIO JANEIRO

El 17 de Octubre llegó el Cardenal a la hermosa bahía de Río Janeiro y durante todo ese día, el pueblo y la sociedad del Brasil y sus diversas autoridades le hicieron la más solemne de las recepciones. Los discursos oficiales de saludo dejaron públicamente de manifiesto la honda fé que abrigan los gobernantes de aquel gran país.

Antes de que se aproximara a la costa la nave que conducía al Legado Pontificio, el Presidente del Brasil, Dr. Vargas le había saludado afectuosamente por Radiograma. Una escuadrilla de destroyers le escoltó enseguida hasta el desembarcadero donde lo esperaba el Primer Magistrado, con varios Ministros, para acompañarle en su entrada a la ciudad; la guarnición militar le tributó honores a su paso.

El Cardenal Legado fué invitado enseguida a una sesión especial de la Cámara de Diputados. Lo recibió una comisión de 15 representantes de todos los partidos, fué conducido a la Mesa de la Cámara y sentado a la derecha del Presidente de esta corporación. A la izquierda tomó asiento el Cardenal brasileiro Leme, principal autoridad de la Iglesia en ese país. El Ministro de Relaciones Exteriores, señor Macedo Soares asistió también a la ceremonia.

La sala de sesiones se encontraba artísticamente adornada de guirnaldas de flores—dice la prensa brasileira—y la presencia del Cardenal fué saludada por calurosas salvas de aplausos que partían de los bancos y de las tribunas.

### EN NOMBRE DE LA CAMARA DE DIPUTADOS DEL BRASIL

habló luego el inteligente leader de la mayoría, señor Raúf

Fernández, quien pronunció el siguiente discurso, obra de un verdadero y profundo sociólogo cristiano:

«En nombre de la Cámara de Diputados presento a Su Eminencia el Cardenal Pacelli nuestros agradecimientos por su honrosísima visita, los homenajes de nuestro profundo respeto y el testimonio de nuestra filial devoción a Su Santidad el Papa, cuya paternal solicitud para esta gran provincia de su imperio universal, se manifiesta, no solo en la presencia de su Legado en Río Janeiro, sino también en el visible designio que inspiró la elección del Enviado pontificio.

«De entre los príncipes de su Corte, Su Santidad Pío XI nos envía precisamente al Secretario de Estado, que al prestigio personal de una carrera eclesiástica tan brillante como llena de méritos, une el de las elevadísimas funciones de íntimo colaborador y consejero de la política internacional de la Santa Sede.

«Inclinémonos con veneración ante el sacerdote de alma apostólica que es su Eminencia el Cardenal Pacelli; el continuador de una larga tradición que dió a Gregorio XVI un ministro de finanzas, a Pío IX su último ministro, sustituto del interior; a Leon XIII uno de los más acatados consejeros, y al Papa actual el consumado jurista que preparó y redactó los acuerdos de S. Juan de Letrán: el Cardenal Pacelli, laureado en la Universidad Gregoriana y en la Academia de Nobles Eclesiásticos, notable profesor de derecho canónico y uno de sus codificadores, ilustre Nuncio de Baviera y después en el Reich alemán, donde vivió los días más angustiosos de la gran guerra y el drama de la transformación política ulterior.

«Los beligerantes que se disputaron con ardor el apoyo de la iglesia en el gigantesco conflicto, acaso juzgaron alguna vez con incomprensión la actitud de Roma y la actividad de su representante en Alemania. Pero el mundo católico conoce hoy y aprecia altamente las dotes de su inteligencia y tacto, y, sobre todo, los tesoros de sentimiento cristiano dispensados por Monseñor Pacelli en la gestión desarrollada para secundar los proyectos de paz ardorosamente propugnados por Benedicto XV.

«La obra del diplomático, ardua y difícil como ninguna otra en medio de las pasiones desencadenadas por el monstruoso choque de las naciones, no pospuso la del sacerdote-obispo, visitador incansable de los hospitales de sangre y de los campamentos de concentración, dispensador de socorros materiales y espirituales a los heridos y prisioneros, todos, sin distinción de raza o nacionalidad, confortados por la caridad militante del pastor, necesariamente neutral en medio del rebaño desbandado, pero sangrando de todas las fibras de su corazón.

«Tal es, en rápido esbozo, la personalidad eminente del Legado Pontificio, cuya presencia entre nosotros, en estos momentos, asume especial significación...

«Acabamos de salir de una revolución política cuyos líderes no han querido cerrar sus ojos a esta verdad primaria: que la actividad humana debe hincar hondamente sus raíces en fuentes morales y espirituales de inspiración religiosa. En consecuencia hemos abandonado el indiferentismo religioso de la Constitución de 1891 y reconocido la preponderancia del hecho espiritual en la vida colectiva, consagrándola en el texto que admite la cola-

boración del Estado con las confesiones religiosas, lo que en Brasil, compactamente católico romano, significa la colaboración principal con la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo.

«Sin duda, el régimen de separación subsiste, con la libertad de cultos los cuales no pueden ser establecidos, subvencionados o dificultados por el Estado. Esta es condición de paz interior y garantía de libertad de conciencia de los ciudadanos.

«Pero, conservada esta norma dictada por la necesidad política, el mútuo auxilio permitido por la Constitución abre un campo ilimitado a la influencia religiosa en la formación moral de las generaciones.

«Felicitemos por ello a la Nación.

«La perspectiva histórica situara los actuales días en el centro de la tormenta abatida hace veinte años sobre la humanidad. Es difícil saber lo que vendrá, pero parece indudable que la vuelta al pasado es imposible. Sobre el régimen anterior que nació y se desarrolló bajo el signo del individualismo materialista, la historia dobló definitivamente una página empezada con las atrocidades sangrientas de la Revolución y terminada en la carnicería espantosa de la gran guerra.

«Entre esos dos extremos, el siglo XIX, saturado de escepticismo filosófico, afeminó a los hombres entre las comodidades de las más maravillosas invenciones, pero casi obliteró el sentido espiritual de la vida.

«No sé, nadie sabe lo que vendrá en pos del caos en que nos debatimos. La verdad es que debemos vivir heroicamente unidos en acción solidaria por el peligro co-

lectivo que reclama una doctrina común, una jerarquía y la consagración de todos.

«En esa dirección, en consecuencia, las dificultades de los tiempos van engendrando concepciones políticas y sociales que, llevadas al extremo, amenazarían de absorción y aniquilamiento la personalidad del hombre, a pesar de que éste, en último análisis, es el núcleo irreductible de la sociedad.

«Es pues preciso, antes de todo, preservar esa personalidad amenazada de destrucción por los mitos de raza, de clase o de autarquía nacionalista, y preservándola, impregnarla de cultura moral capaz de sustentar las grandes virtudes cívicas, sin las cuales las sociedades se disuelven en el egoísmo de los individuos, aislados los unos de los otros, si no enemistados por la disputa en torno a los bienes terrenos.

«La indispensable subordinación de los impulsos del egoísmo a las necesidades del bien común, las energías perseverantes de las abnegaciones diariamente repetidas, este fácil heroísmo de las almas bien nacidas, es ilusión buscarlas en la autoridad del Estado, sean cuales fueren sus armas coercitivas: las leyes son impotentes para resolver la antinomia fundamental entre el individuo efímero, obstinado en aligerar el fardo de los deberes, y la sociedad cuya existencia y armónico desenvolvimiento implican la conciencia y el desempeño de las responsabilidades.

«El problema es fundamentalmente ético-religioso. Nuestra civilización en peligro encontrará defensa y



seguro asilo en la doctrina de la Iglesia realizada por la Acción Católica, a la cual el mundo, y sobretudo el Occidente, deben abrir camino y sustentarla vigorosamente.

«La ley de la caridad cristiana, que ella propaga como el alerce de sus construcciones—según el decir del gran papa León XIII—aplicase a todo el conjunto de los problemas que condicionan la vida social e internacional. Sólo esa ley reconcilia a los hombres, porque resuelve efectivamente, y a fondo, sus conflictos: y entre éstos, el más doloroso de todos, el del trabajo, que en el curso de la historia aspira a liberarse de todas las formas de servidumbre, pero que realmente no será más libre bajo el capitalismo de Estado comunista que bajo el capitalismo de Estado burgués.

«La cuestión social es una cuestión cristiana precisamente en lo que concierne al trabajo, porque éste (como observó un marxista convertido al cristianismo) es el que constituye la base, no solo de la economía sino de toda la vida social. Por eso la solución del problema se halla en los propios fundamentos espirituales de la sociedad. La cuestión del trabajo es en sí misma e inevitablemente, una cuestión espiritual y religiosa. Ella no será resuelta fuera de la doctrina cristiana, o lo será servilmente, esto es esclavizando el espíritu al mundo material.

«La acción católica, con tan altos y generosos objetivos, siempre gozó de libertad en el Brasil, en un principio ejercida gerárquicamente por el sacerdocio, y, después de las iniciativas fecundas del gran militante que fué siempre Pío XI, por el apostolado laico. Pero en la

actualidad bajo la nueva ley constitucional brasileña, sus responsabilidades se multiplican. Si ello es motivo de jubilosas esperanzas para la comunión nacional directamente interesada, lo será también, estamos seguros, de alegría y consuelo para el Sumo Pontífice.

«Dígnese Vuestra Eminencia, señor Cardenal Pacelli, reconocer en mi voz el eco de la conciencia católica del Brasil, también movilizada para la cruzada en pro del renacimiento religiosos de occidente; dígnese aceptar la seguridad de nuestro conmovido reconocimiento, y transmitir a su Santidad Pío XI, sucesor del Príncipe de los Apóstoles, nuestros más ardientes votos por su largo y glorioso reinado.

\*  
\*   \*  
\*

El Cardenal contestó en lengua portuguesa saludando al Brasil, país católico, y deseándole «toda clase de venturas que por cierto las tendrá, porque Jesús siempre estendió sus manos sobre el Brasil.»

El leader de la Cámara Brasileña había manifestado su convencimiento, como hemos visto, de que los conflictos del trabajo solo pueden tener solución de acuerdo con la doctrina social-cristiana proclamada por las Encíclicas de León XIII y del actual Pontífice. El Cardenal acentuando estas ideas dice esta significativa frase: «El templo de la concordia humana tiene un vestibulo: la justicia social, *la redención del proletariado*, como dice la Encíclica *Quadragesimo Anno*, tomando la expresión de la *Rerum Novarum*.»

Agradeció enseguida los homenajes que había recibido del Gobierno y del pueblo brasileño, en cuyo país la religión

católica florece, sin tropiezos y constituye su mayor fuerza moral. Las últimas palabras de Su Eminencia fueron:

«El Cristo Redentor del Corcovado, al abrir sus brazos, imparte su bendición a toda la población de un gran país que nacerá, crecerá y prosperará, viviendo como hasta hoy a la sombra de la cruz, símbolo impercedero de la fé católica.»

\*

\* \* \*

Momentos después se trasladó el Legado Pontificio, acompañado de los Ministros de Relaciones Exteriores y de Justicia, al Palacio de la Corte Suprema.

En el salón de honor le esperaban los ministros de las Cortes y magistrados judiciales, junto con altas personalidades del foro, y allí fué saludado por medio del siguiente discurso lleno de piadosas y sinceras reminiscencias sobre la obra educadora de las congregaciones religiosas, por el ministro Don Edmundo Luiz,

## PRESIDENTE DE LA CORTE SUPREMA DEL BRASIL

«Eminentísimo señor Cardenal Legado:

«Profundamente conmovida y con el más justificado júbilo, recibe esta Corte Suprema, que tengo la honra de presidir, al Supremo Representante de Su Santidad Pío XI.

«Sois el Legado del Soberano Pontificio, del Jefe de la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana.

«Ha sido Ella la indiscutible *alma nutrix* de todos los modernos pueblos cultos.

«Los propios Estados Unidos de la América del

Norte, que fueron poblados y catequizados por protestantes, reconocen y proclaman lo muchísimo que su prodigioso progreso debe al Catolicismo Romano.

«Es así como, en 1886, cuando en el Estado de San Francisco se festejaba la conmemoración de la independencia de los Estados Unidos, un pastor protestante, hablando, después de la Misa Pontifical, recordó que la fundación de California había sido «una» empresa religiosa, obra del Catolicismo.» Y agregó:

«Sí; como protestante quiero que se sepa que me produce profunda alegría el vigor y la prosperidad de la Iglesia Católica. Dentro de cien años ella será más poderosa que nunca. Es el corazón quien dicta mis palabras. Cuando medito en la *madre de toda la civilización moderna y en la matriz de todas las instituciones libres*, humildemente imploro al Soberano Señor le permita cojer, en este país de hombres libres, las mas copiosas y abundantes cosechas.»

«Eminentísimo Señor Cardenal Legado:

«Si así se expresa un pastor protestante de una nacionalidad fundada por protestantes, qué diremos nosotros—brasileños—hijos exclusivos de los misioneros de Roma que, en el bronce del catolicismo, plasmaron nuestra nacionalidad.

«Nuestros aborígenes vivían en estado salvaje, sin observar ley alguna moral, civil o religiosa.

«Tenían establecida la comunidad de bienes y de mujeres y eran antropófagos.

«Tenían—lo dice un notable conocedor de sus cos-

tumbres—tenían todos los defectos de los hombres y todas las cualidades de las fieras.

«He ahí porque, cuando los cartógrafos de la época dibujaban nuestras tierras, las designaban por los animales que en ellas existían: *esta es la región de los leones, aquel es el valle de los cacatúes.*

Los primeros colonos europeos que aquí llegaron, en vez de levantar o educar a los selvícolas, se rebajaron hasta al nivel de ellos, si no se tornaron mucho peores. He aquí el estado del Brasil cuando llegaron Nobrega, Anchieta y sus heroicos y santos hermanos.

«Después de haber delineado ese cuadro pavoroso, Roberto Southey, el mayor de los historiadores de nuestros tiempos coloniales y el menos sospechoso de todos por ser protestante, concluye diciendo que: «Tuí era el pueblo que los jesuítas se propusieron convertir.»

«Sin embargo, por felicidad, ellos se transformaron inmediatamente en la *sal terrae* de esta tierra corrompida.

«En ella, según nuestro sabio historiador, el inolvidable Juan Riveiro, estaban en descomposición las dos razas que la poblaban.

«Pero, con la llegada de los hijos de San Ignacio de Loyola se realizó *con perfección*, la profecía de Virgilio:

«... *Ya una nueva raza desciende del alto cielo.*»

«Y en las quebradas de nuestras vírgenes montañas resonó el subsiguiente exámetro del Gran Mantuanio:

«*Ya empieza de nuevo una serie de grandes siglos.*»

«Por la pureza verdaderamente angélica de sus cos-

tumores, por la bondad paternal, por la caridad evangélica, por la santidad perfecta *y a costa de innumerables trabajos y en largos años*, los jesuitas consiguieron imponerse a todos los aborígenes y reintecolas.

«Es que a todos los servían de padres, de médicos, de enfermeros y de profesores.

«Cada uno de los santos misioneros pudieron repetir las palabras de San Pablo a los Corintios: *«Nos hemos hecho todo para todos para hacerlos a todos salvos.»*

«Elevado al provincialato de la orden, el primer acto de Nóbrega fué fundar un colegio en las planicies de Pitatiunga. «No existe hombre alguno—dice Southey— a quien deba el Brasil tantos y tan permanentes servicios.»

Los hermanos que le siguieron continuaron instruyendo y educando a la juventud brasileña.

«Aquí, en esta ciudad, enseñaban gratuitamente, gramática latina, filosofía, teología moral y dogmática, y matemáticas elementales.

«Y a los alumnos que terminaban el curso, conferían el diploma, entonces estimadísimo, de maestros en artes.»

«En Bahía profesaban los mismos ramos y la retórica.

«Y en las otras partes del Brasil enseñaban también gratuitamente las primeras letras.

Enumeró enseguida el orador las diversas ordenes religiosas que hasta ahora se dedican en el Brasil, con el aplauso de todos, a la enseñanza de la juventud y en un arranque de sincera gratitud agregó aquel anciano cuyos méritos personales le han llevado a la Jefatura de los Tribunales de Justicia

de su país: «Yo mismo, que tengo la honra de dirigir la palabra, debo lo que soy a los Padres Lazaristas que me educaron gratuitamente en mi extremada pobreza.»

Y por último, terminó el Presidente de la Suprema Corte con esta convencida declaración de fé en Jesús Sacramentado:

«Excelentísimo Señor Cardenal Legado:

«Está probado que todo lo que los brasileños somos, intelectual y moralmente, lo debemos a la Santa Religión, Católica, Apostólica, Romana, de la cual Vuestra Eminencia, como Legado de Su Santidad, es aquí el más alto representante.

«Los sacerdotes católicos no nos nutrieron con la médula de nuestros jaguares, que bien vale la de los leones.

«Nos proporcionaron alimento infinitamente más fuerte.

«Nos dieron, casi cuotidianamente, el celeste *Panis Angelorum factus cibus viatorum* de que habla el bellísimo himno al Santísimo Sacramento.

«Es este Sagrado Viático de nuestra juventud el que conserva, todavía hoy católicos a la gran mayoría, de los intelectuales brasileños.

«Eminentísimo Señor Cardenal Legado:

«El pobre anciano que en estos momentos os dirige la palabra, está plenamente convencido por vía de experiencia, de la triste verdad, con tanto énfasis proclamada por Eclesiastes sobre las vanidades de esta vida.

«Y para que, a lo menos este final, se eleve a la altura de Vuestra Eminencia, terminaré diciéndoos simplemente, en contraste a ellas: «Bendito sea el que viene en nombre del Señor.»

«Acogió, lleno de emoción, al representante de Su Santidad la cristianísima disertación el Presidente de la Suprema magistratura del Brasil, la que prometió poner en conocimiento personal de Su Santidad. Celebró aquel solemne y público reconocimiento del valor de la enseñanza religiosa, hecha en un hogar de tan alta intelectualidad, y tuvo de nuevo sentidas palabras para felicitarse de la ardiente catolicidad que en aquel país revelaban su pueblo y sus élites. Si la ley humana se inspira en la ley divina, agregó, se obtendrá el bienestar social al que el pueblo aspira y podrá cumplirse entonces la promesa bíblica de que *la justicia y la paz se darán un ósculo*.

Los diversos acápites de su discurso fueron señalados por los aplausos de los magistrados que le escuchan.



Las horas del Cardenal estaban medidas por sucesivas ceremonias. Debía bendecir por radio, a nombre de Su Santidad y al pie del monumento a Cristo Redentor elevado sobre el «Corcovado», a todos los pueblos del Brasil y recibir en seguida en el Palacio Gubernativo que se le había asignado como residencia, a la Sociedad de Rio Janeiro y a los diplomáticos y altos funcionarios y políticos de esa capital.

Allegada la noche concurrió Su Eminencia al banquete oficial que ofrecía en su honor el Presidente Vargas en el Palacio de Itamaraty.

En los siguientes términos significativos y sobrios, fué saludado allí, el representante de la mayor fuerza moral del mundo contemporáneo por

## EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DEL BRASIL

«Con los más vivos y sinceros sentimientos de regocijo, el Brasil abre sus brazos acogedores, para recibir



da honrosa visita que en estos instantes nos enorgullece. En la persona de Vuestra Eminencia, señor Cardenal Pacelli, nos complacemos en saludar un sacerdote de gran relieve moral y amplia figuración diplomática que en los días difíciles que vivimos, con su palabra serena y su acción iluminada, ha cooperado a la pacificación de los espíritus y a la fraternidad de los pueblos. En la persona de Vuestra Eminencia cúmplenos todavía presentar nuestros homenajes a la mayor fuerza moral del mundo contemporáneo encarnada, en nuestros días, en la figura inconfundible de Pio XI de quien Vuestra Eminencia es, desde hace tanto años el colaborador fiel y en estos momentos el representante extraordinario en tierras americanas.

«La relaciones de inalterable amistad entre el Brasil y la Santa Sede constituyen una de las tradiciones más caras de nuestra diplomacia. Por un conjunto de singulares circunstancias, aún antes de reconocer nuestra independencia ya teníamos la honra de hospedar un representante del Santo Padre en esta ciudad. Después de haber conquistado definitivamente nuestro sitio en el banquete de los pueblos libres, durante más de un siglo, sin ruptura, ni solución de continuidad, los enviados de la Santa Sede y del Brasil han mantenido incólume las relaciones de la más perfecta cordialidad entre ambas soberanías.

«La República, en su primera Constitución de 1891, proclamó la separación entre la Iglesia y el Estado; pero ésta separación en el espíritu de los que elaboraron la Magna Carta y en la práctica sensata de los que la eje

cutaron, no fué un divorcio, ni se basó en sentimientos impíos. Fué apenas una definición política entre dos poderes que se completan en la misma obra de paz y de progreso. Esta hermenéutica moderada y liberal, inspirada por el alto espíritu de conciliación y buen sentido de los gobiernos que se han sucedido en la vida republicana del país, acaba de recibir, de un modo explícito la aprobación de la reciente Asamblea Constituyente que estableció en su artículo 17 *la colaboración recíproca en pro del interés colectivo* de todas las fuerzas espirituales y materiales de la nacionalidad. La organización política de la República, obrando así creyó permanecer fiel a las tradiciones de nuestra historia y a las realidades vivas de nuestro pueblo.

«Quien recorra las páginas que recuerdan la fundación de nuestras grandes ciudades, el desenvolvimiento de nuestra instrucción, el origen y evolución de nuestras libertades y de nuestras instituciones sociales, encontrará en todas ellas, eficiente, perseverante y benemérita la acción de la Iglesia. El Brasil sigue confiando en el inestimable concurso de esta acción imprescindible, para la construcción de su porvenir. Porque la sólida formación cristiana de las conciencias de un pueblo, reposan las garantías más seguras de su estructura social y las esperanzas más fundadas de la grandeza, estabilidad y desenvolvimiento de sus instituciones.

«Dignaos pues, aceptar Eminentísimo señor Cardinal, en nombre de mi gobierno y del pueblo brasileño, con los sinceros votos de bienvenida entre nosotros, la más alta expresión de nuestros homenajes».

\*  
\*   \*  
\*

En su respuesta, el Cardenal enalteció las virtudes cristianas del pueblo brasileño y de sus hombres de gobierno, refiriéndose al preámbulo de la nueva Constitución, en la cual se invoca el nombre de Dios como inspirador de la ley magna del Brasil.

\*  
\*   \*  
\*

Al día siguiente, 21 de Octubre, abandonó su residencia el Legado de Su Santidad, acompañado del Presidente de la República y de los Ministros de Estado del Brasil a fin de embarcarse con destino a Roma. Una multitud de ochenta mil personas le aclamó entusiasta en su trayecto a la nave mientras la fusilería de Marina y el Ejército le rendían los honores, en medio de los acordes del himno pontificio.

\*  
\*   \*  
\*

Las profundas y hermosísimas apreciaciones que el Cardenal publicó, a su llegada a la Sede Pontificia sobre estas grandiosas manifestaciones populares y gubernativas, son el digno y necesario complemento de las noticias y piezas oratorias que hemos transcrito.

Pueden leerse a continuación

---

## Juicio emitido en Roma por el Legado de Su Santidad Cardenal Pacelli al regreso de su visita

Traducido del Osservatore Romano de 4 de Noviembre de 1934)

«El Congreso Eucarístico Internacional marcará ciertamente una fecha luminosa en la historia de los Congresos Eucarísticos... Mientras la Madre espiritual del Continente Sudamericano, la católica España, estaba atravesando días tristísimos en que la furia devoradora de una minoría facciosa extendía su mano sacrilega aun sobre los sitios y personas sagradas, la capital de la Argentina ofrecía al Rey Eucarístico, con la participación de todo el mundo católico, un acto de homenaje y a la vez de reparación, que ha superado largamente las expectativas de las más ardientes imaginaciones. El *Adoremus* de millones de fieles, que las ondas etéreas han transmitido a todo el globo terrestre, ha resonado con mayor potencia que el *Crucifigadte!* de aquellos que instigados por el espíritu de Satanás, han tratado de someter al yugo del Anticristo un grande y noble pueblo que ha visto siempre resplandecer en su camino la Cruz del Hijo de Dios. Este pueblo creció y alcanzó su grandeza precisamente bajo la protección de esa Cruz y no se puede concebir su futuro sino bajo el signo bendito de la Redención.

«En los días del Congreso, la Argentina ha mostrado al

mundo su verdadera fisonomía, el verdadero corazón de un pueblo que siente correr por sus venas la sangre de los abuelos y que quiere mantener intacto el patrimonio sagrado de la fé, como la más preciosa herencia para las futuras y santas batallas del espíritu.

«Las desostraciones de la Argentina y otras grandes naciones de América, han sido tales que justifican en nuestro espíritu las más risueñas esperanzas.

## EN BUENOS AIRES

«Yo no había visto nunca a una Nación entera, gobernantes y gobernados, inclinarse y arrodillarse con tanta devoción ante Aquel que ha dicho: *Rex sum ego... sed regnum meum non est nunc de hoc mundo*. Nunca había sentido con emoción tan honda el profundo significado del *senite parvulos venire ad me*, como el 12 de Octubre, cuando ejércitos de pequeños vestidos de blanco, cantando al unisono, transformaron el Parque de Palermo en un inmenso jardín eucarístico cuyo centro era el Divino Amigo de los niños.

«Jamás había asistido a una profesión de fé de hombre y jóvenes, más espontánea y más conmovedora que la ofrecida en aquella noche memorable de la procesión y de la comunión de los hombres; horas inolvidables en que los atrios de las casas y las esquinas de las calles se vieron transformadas en confesionarios, y en reclinatorios para la Santa Comunión los verdes prados de los parques. Todo respeto humano fué vencido aquella noche; y hasta corazones pusilánimes, como en otros tiempos el de Nicodemos, tuvieron el coraje de proclamar públicamente su fe, y, alimentándose con el Pan de los Angeles, aumentaron la falange de los apóstoles intrepidos de Cristo.

«Jamás había visto las fuerzas militares de una nación rendir tan unánime tributo de honor y de amor al Rey de todos los ejércitos, y acercarse en tan extraordinario número.

y con tan ejemplar recojimiento a la Mesa de Cristo Rey. Nunca había oído al Jefe de un Estado tan grande y de tanto porvenir consagrar en forma tan solemne su pueblo al Rey de los Reyes.

«Realmente en aquellos días pareció que sobre el corazón de los que participaban en tan memorable asamblea hubieran de nuevo descendido las lenguas de fuego de la Pentecostés: tanto era la llama que en sus pechos ardía que resplandecía en sus rostros y se exteriorizaba en una alegría rebosante y brotaba de sus plegarias y resonaba en los aplausos en los cantos, en las aclamaciones. Y hasta llegó a parecer que los infantes, en los brazos de sus madres, sentían en sí ese fluido eucarístico alegría, de gozo en el Señor, y comprendían que pasaba ante ellos Aquel de quien el Profeta había dicho: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem.*»

## LA PREPARACION DEL CONGRESO EUCHARISTICO

Advierte en seguida Su Eminencia que ese grandioso triunfo espiritual, «no fué una simple improvisación, sino el benéfico resultado de una larga preparación, de un fervoroso apostolado misionero durante más de un año. La semana eucarística de Buenos Aires.—escribe—fué la cosecha de una mies vigorosísima, nacida, por gracia divina, de una semilla sembrada con infinitos trabajos; fué la feliz y preciosa recompensa de una muchedumbre de sacerdotes y religiosos, seglares de ambos sexos que militan en las filas de las asociaciones católicas, y de silencios suplicantes que con ardientes oraciones habían implorado al Corazón del Salvador del Mundo la gracia y las bendiciones del cielo para el primer Congreso Eucarístico Internacional de la América Latina.»

Y después de enumerar el Cardenal algunas ordenes de apóstoles católicos que se empeñaron en esta obra y contribuyeron a su triunfo, prosigue así:

## EL AMOR POR EL PAPA

«Pero Buenos Aires no ha sido solo una maravillosa victoria del pensamiento eucarístico: ha sido también una luminosa demostración del afecto de los católicos sudamericanos al Papado. Roma, dentro del mundo católico; el Papado, depositario del supremo poder espiritual; el Pontífice, sucesor de Pedro; la Iglesia, unidad viva en la fe y en la doctrina, en los sacramentos y la disciplina: verdades altísimas, que no son sólo páginas de catecismo, sino realidades vivas afirmadas y proclamadas con gozoso orgullo por las masas de la América Latina».

«Los honores soberanos tributados a la bandera pontificia y al Legado del Papa, el saludo y la escolta de las naves de guerra, la bienvenida de las organizaciones católicas que en todo género de embarcaciones salieron al encuentro de la nave en que viajaba el Legado, a la altura del puerto de Buenos Aires; el desfile de las tropas, el júbilo de las innumerables multitudes, la acogida verdaderamente conmovedora a la entrada de la Capital, la lluvia de flores desde las ventanas y balcones, el entusiasmo de las masas que llenaban las plazas y las calles, las madres que ofrecían sus niños a la bendición del Legado, las filiales y afectuosas insistencias—verdaderas luchas a veces—por una mirada o bendición suya, todo esto no ha sido sino la demostración tangible de la ilimitada veneración del filial amor hacia Aquel a quien Nuestro Señor Jesucristo ha escogido por Vicario suyo y por Pastor Supremo de su grey. Y este amor no solo se manifestó en las funciones oficiales del Congreso, sino también, y acaso de una manera más característica, en ocasiones no oficiales, como en aquella tarde en que fui conducido al centro mismo de un barrio de la capital, tenido por comunista, donde las madres, como en otras partes, llevaronme sus niños para que los bendijera, y donde muy pronto se reunió en torno al representante del Papa una multitud de pueblo que renovó el espectáculo de las otras extraordinarias manifestaciones.»

## EN RIO JANEIRO

Deja en seguida constancia el eminentísimo Cardenal Pacelli de que la designación de un miembro del Sacro Colegio para representar por primera vez en Sud América al Sumo Pontífice, ha sido apreciada por los argentinos y demás pueblos hermanos del Continente sudamericano, en todo su altísimo significado... «Testimonios elocuentes de ello— escribe—son las palabras realmente memorables, pronounciadas en la Argentina y el Brasil por las más altas autoridades del Estado, que de acuerdo con las tradiciones de sus pueblos, se han demostrado plenamente consientes de la fuerza moral que emana del Papado para el bienestar de la humanidad. Confío absolutamente en que las amistosas y benéficas relaciones existentes entre la Santa Sede y esos Estados se tornaran más y más estrechas, después de las grandes jornadas de Buenos Aires y de Río de Janeiro, en forma de que los divinos valores de la Religión Católica puedan contribuir cada día más a la elevación cultural, moral y espiritual de aquellas nobles naciones.»

Más adelante hace el Cardenal una breve relación de su viaje de regreso a Italia y de las grandiosas manifestaciones de que fué objeto en Montevideo, Río Janeiro, las Palmas y Barcelona y se detiene particularmente en las demostraciones oficiales y populares de la capital del Brasil, sobre las cuales dice:

«La magnífica acogida de Río de Janeiro, las palabras pronunciadas en el Parlamento y en la Corte Suprema de Justicia y por el propio Presidente de los Estados Unidos del Brasil, me han conmovido profundamente y han fortalecido en mí la consoladora persuasión de que la conciencia de lo necesarios que son los factores religiosos para la regeneración espiritual y la verdadera elevación de los pueblos, va haciéndose cada vez más profunda en la mente de los grandes gobernantes, como también en las mismas masas ...»



## LA NAVE DEL ESTADO Y EL FARO DE LO SOBRENATURAL

Los pueblos católicos que comprenden la importancia y necesidad de armonizar los esfuerzos en pro del progreso natural y civil, manteniéndose fieles a la Iglesia de Cristo, edifican su porvenir sobre granito. Ellos se adueñarán del porvenir, cuando, cerrado el ciclo de la concepción del Estado adverso a Dios, se reconozca en el mundo entero el error de tan funesta idea.

«El hombre de Estado que tiene la mirada fija en la Roca de Pedro y se deja guiar por la luz sobrenatural que de ella emana, no disminuye en nada el honor ni la dignidad de su nación, como no empequeñece su mérito ni su habilidad el navegante que conduce la nave por el Océano, a la luz de los faros y guiado por las estrellas. Los políticos de los grandes Estados sudamericanos que he tenido el honor de visitar, han dado valiente testimonio de ello, en presencia del Legado del Papa y ante sus pueblos y el mundo. Pueda ser también seguido su ejemplo en otras partes: la respuesta del Cielo será el bienestar de esas naciones.»

## LA PAZ SOCIAL

Se refiere extensamente Su Eminencia a los beneficios que para la paz interior e internacional ha tenido el Congreso de Buenos Aires y puntualizando, dice que esta fiesta eucarística «ha dado a las inmensas multitudes que allí concurrieron una certidumbre preciosa: la de la fraternidad en Cristo que Dios quiere que exista entre hombre y hombre sin distinciones de clases, y la fraternidad, querida también por Dios, entre pueblo y pueblo sin que le sirvan de límite la nacionalidad, ni la raza.»

«Todos son invitados al real banquete del Dios Eucarístico. Los valores que se miden en el Reino de Cristo son la pureza del corazón, la nobleza de la voluntad, la elevación

del pensamiento. Ante Dios solo existe *una nobleza de casta*: la de la limpia conciencia que hace a todos semejantes a los niños que amaba Jesús; *una sola riqueza* la de la acumulación de los méritos y trabajos hechos para estender su Reino. »...

Concurrieron a aquel Congreso, dice el Cardenal, representantes de todas las naciones y de todas las razas y fué ello como un símbolo y una promesa. «Y clara y potente brotó del corazón de toda esa multitud la plegaria por la fraternidad y la paz; por la paz de la justicia y del amor entre las clases sociales y por la verdadera solidaridad entre todos los pueblos.»

Todos los que han tenido la fortuna de presenciar las maravillas de aquellas jornadas—agrega—tienen grabado en lo más íntimo de su corazón el convencimiento indeleble de que solo el amor a Dios puede conducir a esa verdadera paz. «Difundir este amor fraternal, hacerlo la ley fundamental y práctica de la vida individual y social de los hombres; remover los obstáculos que se opongan a este altísimo fin; he aquí la ardiente aspiración que el Congreso señala a los católicos de todo el mundo... Es este el gran mensaje social de Buenos Aires al mundo católico.»

\*  
\*     \*

Tres preciosas y significativas consideraciones pueden, pues, señalarse en resumen, como el fruto de las inolvidables jornadas del Congreso:

«la Santa Eucaristía, secreto elemento de vida de la Iglesia; don divino concedido a la humanidad necesitada de gracia;

«el Papado, símbolo y garantía de la unidad de la Iglesia; don divino para la humanidad necesitada de luz y de guía; y

«la fraternidad en Cristo, ley social fundamental en los pueblos, y entre los pueblos: único camino hacia la paz verdadera.»

## ANTE LA CUPULA DE SAN PEDRO

Y termina el Legado de Su Santidad con las siguientes palabras:

... «Tengo de nuevo antes mis ojos la Cúpula de Miguel Angel y el Obelisco de la querida plaza de San Pedro: este lleva esculpida una promesa alegre y segura (Cristo vence, Cristo triunfa, Cristo impera!)... Y mientras mi mirada se vuelve a posar sobre estos gloriosos monumentos de Roma, torno a vivir en lo íntimo de mi alma todo el bien de que he tenido la dicha de ser testigo durante las últimas semanas.

«Ante mi espíritu resurje la gigantesca cruz del Parque de Palermo, monumento y altar, y la enormidad de las muchedumbres en adoración; y; no ya como recuerdo, sino como visiones todavía reales. Y siento en lo profundo de mi corazón que el Señor, en su bondad, así como no negara en el pasado su bendición vivificadora, tampoco permitirá que ella falte en el porvenir.

«Y también cuando al dar una mirada a las actuales condiciones de la humanidad se percibe en el horizonte nubes y relámpagos amenazantes, reaparece ante mis ojos de sacerdote el dulce y majestuoso Cristo Redentor del Corcovado, Rey y Pastor, que abre sus brazos como exclamando: *extendam palmas .. cessabunt tonitrua*. (Exodo 9.29).

«Con esta consoladora y divina promesa en el corazón: vuelvo a mi trabajo acostumbrado.»



# INDICE

---

	Pág.
Preámbulo .....	3
<b>En Buenos Aires</b> .....	6
Discurso de saludo del Intendente Municipal Dr. Vedia y Mitre .....	6
Previa propaganda gubernativa sobre el Congreso Eucarístico .....	10
Discurso del Presidente Justo en el banquete de la Casa Rosada .....	11
Comuñión de las fuerzas armadas.....	17
Discurso del Jefe del Consejo Superior de Guerra, General Fasola Castaño.....	19
Plegaria a Dios del Primer Mandatario argentino...	26
En Montevideo.....	28
<b>En Rio Janeiro</b> .....	29
Discurso del Sr. Fernández en nombre de la Cá- mara de Diputados del Brasil.....	29
Discurso del Presidente de la Corte Suprema del Brasil .....	36
Discurso del Presidente de los Estados Unidos del Brasil en el banquete del Palacio de Itimarity	41
Juicio emitido en Roma por el Legado de Su Santi- dad al regreso de su visita .....	45

---